

# gure gaiak

África:

¿un continente perdido o víctima de la perspectiva individualista?

**L**os pueblos africanos, liberados del colonialismo, intentan actualmente construir una nueva sociedad que tiene como paradigma el Estado-nación.

Mi humilde contribución resulta de la experiencia acumulada durante treinta años de lucha política y militar en la conquista de la democracia en Angola y en África en general.

Esta contribución es también el resultado de nuestras observaciones, como diputado y diplomático, recogidas durante varios años de encuentros regulares con importantes figuras de la escena política africana y mundial realizados en tiempos de guerra y de paz.

## ALCIDES SAKALA

Presidente del grupo parlamentario de Unidad Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), anteriormente ocupó los cargos de secretario de Relaciones Exteriores y el de secretario de Administración Pública.

En el plano africano, fueron fructíferos los encuentros con los presidentes Nelson Mandela, Ntambo Mbeki, Pascoal Lisouba, Sam Nujoma, Compaore, Chiluba, con los dirigentes de la SA-DC, de África Central, realizados en el ámbito de los esfuerzos de la Dirección de UNITA en un intento de encontrar la paz, a menudo integrado en la delegación del fallecido Presidente Fundador, Dr. Jonas Malheiro Savimbi, muerto en combate el 22 de febrero de 2002, en la provincia de Moxico.

Pido vuestra indulgencia por las limitaciones de mi comunicado. No me considero un experto en asuntos africanos, sino simplemente un estudioso y un observador atento de los fenómenos sociales, políticos, económicos y culturales que se manifiestan en este lugar del planeta considerado como la cuna de la humanidad.

Es de su conocimiento que el continente africano, y África subsahariana en particular, que va desde el desierto del Sahara hasta el Cabo de Buena Esperanza, en África del Sur, se presenta como un espacio geopolítico de importante dimensión territorial, habitado por cerca de 856 millones de personas, que vive actualmente una crisis social y económica sin precedentes en la historia del continente africano, a pesar de algún crecimiento económico, como reconocen las Naciones Unidas.

El análisis de los indicadores sociales del continente africano, empezando por los indicadores económicos, como el producto interior bruto "per capita", y la distribución sectorial de la población activa; el análisis de los indicadores demográficos, como la tasa de mortalidad infantil, la esperanza



media de vida al nacimiento y de vida adulta, pasando por los indicadores socioculturales, como la tasa de analfabetismo; el análisis de los indicadores político-sociales, como la estabilidad de las instituciones, el nivel de democracia participativa y el cumplimiento del respeto de los derechos humanos; permite caracterizar con objetividad la naturaleza de los gobiernos africanos y se sacan conclusiones sobre el impacto de las políticas que estos adoptan en la vida de sus Estados.

Sin embargo, este panorama social y económico es agravado por la existencia de factores endógenos, bien identificados que condicionan cada vez más el desarrollo de las sociedades africanas, como la escasez de capital humano nacional especializado, en países con importantes recursos naturales, entre otros; la existencia de una estructura económica corrompida y centralizada; y, en particular, la calidad de los liderazgos, exceptuando África del Sur que vive del efecto Mandela, una figura política emblemática e ineludible del África moderna, y una referencia internacional obligatoria, ya sea desde el punto de vista político, como del punto de vista moral.

Esta complejidad política y social pone en tela de juicio todos los paradigmas de desarrollo ensayados en nuestro continente, rico en recursos naturales estratégicos, como hemos indicado, algunos tan necesarios para la existencia de las ricas naciones de Occidente, como el petróleo.

Como resultado de esta difícil realidad, el África subsahariana, contrariamente al África del Magreb, más coherente desde el punto de vista social y más homogénea desde el punto de vista cultural, se transformó en un espacio geopolítico de zonas de tensión latente y de conflictos con características permanentes, escenario de violentas confrontaciones interétnicas y de guerras civiles fratricidas, de migraciones y de movimientos

cíclicos de refugiados que llevan sus Estados a la debilitación y a la inestabilidad política.

La gran mayoría de las comunidades africanas, que tienen un fuerte crecimiento demográfico, con cerca del 3% al año, es, entretanto, víctima de la pobreza extrema, viviendo con menos de dos dólares por día, víctima de endemias, como el VIH-SIDA y la malaria, la degradación social, las asimetrías regionales, el fundamentalismo, el tribalismo, el nepotismo, la tortura y los arrestos arbitrarios. La pobreza extrema y la falta de políticas correctas de combate de las nuevas élites dirigentes, a menudo inmersas en la corrupción, “engendra un fuerte éxodo rural bajo la forma de explosión urbana y de fuertes migraciones regionales e internacionales”.

Así, los Estados africanos, como indica Pascal Boniface, “son minados por fuertes desacuerdos regionales, que generan numerosos desórdenes internos donde la guerra, en general, no se desarrolla entre Estados, sino dentro de los propios países.”

De hecho, nuestro continente se transformó en un enorme escenario de exclusión social donde los pobres son cada vez más pobres y más numerosos, en cuanto los ricos, que son una minoría, son cada vez más ricos, a expensas de desvíos de los dineros públicos, la corrupción y la evasión fiscal.

Los Estados africanos que se comportan así, tienen algo en común: son patrimonialistas, dominados por sistemas totalitarios, dictatoriales, que niegan a sus pueblos la paz social, la libertad, la democracia participativa, la justicia social, la reconciliación y el desarrollo sostenido. En muchos casos, y eso parece ser el caso de Angola, la independencia se ha traducido para muchos ciudadanos, en la sustitución del colonizador por una nueva clase de nacionales, que explota la gran mayoría de su población, pretendiendo al mismo tiempo mantenerla

**Los Estados africanos, como indica Pascal Boniface, “son minados por fuertes desacuerdos regionales, que generan numerosos desórdenes internos donde la guerra, en general, no se desarrolla entre Estados, sino dentro de los propios países”**

indefinidamente en la ignorancia de sus derechos. Ésta es la esencia de la cleptocracia africana.

Ante esta complejidad social, política y económica, que dilacera la vida de millones de africanos, que sobreviven sin perspectiva de una existencia digna y condenados a una corta esperanza de vida, se nos ocurre plantear la siguiente pregunta:

*¿Será África un continente perdido, como defienden los afro-pesimistas, o víctima de la perspectiva individualista del poder de la mayoría de los actuales líderes africanos?*

Para analizar mejor esta problemática partimos de dos hipótesis. La primera, parte del principio de que los sistemas totalitarios africanos dan poca atención a la formación intelectual del hombre, como consciencia de la nación y pilar de sustentabilidad de la sociedad.

La segunda hipótesis parte del principio de que el déficit democrático, la falta de libertades fundamentales y el no respeto de la ley, que el Estado patrimonialista impone, condicionan toda la sociedad, víctima de la inexistencia de fronteras de separación y de interdependencia de poderes de los varios órganos del Estado en el ejercicio colectivo de la soberanía, lo que dificulta el proceso de transición de los liderazgos africanos. La mayoría de los Estados africanos es partidarizado.

De hecho, los afro-pesimistas consideran a África un continente perdido, que navega sin rumbo, a merced de los vientos y sin perspectiva. Entienden que le falta al continente africano, líderes visionarios como aquellos que fueron los precursores del nacionalismo africano, que llevaron los pueblos de África a la independencia nacional.

Pero existen también los afro-optimistas que entienden que África es el continente del futuro, rico en recursos naturales, habitado por una población joven, ávida de aprender, con voluntad de cambio, que ve en la globalización y en los procesos de integración regional y en la cooperación internacional transparente más ventajas que amenazas.

Las dos visiones son reales, pero deben ser entendidas en el contexto sociocultural en el que se circunscriben.

Descubrimos, así, en una breve retrospectiva de la historia africana desde la Conferencia de Berlín, que fue celebrada a finales del siglo XIX, “que las fronteras heredadas de la colonización dieron origen a un amalgama de Estados con dimensiones y poblaciones variadas, incapaces de resolver sus propios problemas, minados por desordenes internos”.

Como apunta también Pascal Boniface, la región del Sahel, que va de Mauritania al Sudán, constituye una línea de división, de contacto y al mismo tiempo una línea religiosa, donde imperan el Islam, el cristianismo y el animismo, mientras que los Estados del Golfo de Guinea, de África Central y de África Austral están habitados por poblaciones variadas, más homogéneas, de origen “bantu”, “con prácticas religiosas propias”.

Este marco antropológico refleja la diversidad y la complejidad de las realidades sociales y culturales del continente africano.

Después de varios años de numerosos conflictos, resultantes de actitudes dirigistas de Estados patrimonialistas salidos de las independencias, en que el ejército desempeñaba un papel preponderante, la mayor parte de los Estados africanos de la actualidad empieza, como resultado de presiones internas y externas, a dar importancia a la idea de democratizar la sociedad,

**Las fronteras heredadas de la colonización dieron origen a un amalgama de Estados con dimensiones y poblaciones variadas, incapaces de resolver sus propios problemas, minados por desordenes internos**

o sea, la democratización, como factor de socialización de la sociedad política africana, cuyos pueblos aspiran al crecimiento, al bienestar social, al desarrollo y a la estabilidad político-social, reflejo de la globalización y de las tecnologías de la información.

Por consiguiente, es preciso dar un contenido material al trinomio paz social, reconciliación y democratización.

La paz tiene una dimensión material profunda. La paz tiene un precio. El callar de las armas no es sinónimo de paz social. Tiene que construirse con justicia. De hecho, sin paz social no hay reconciliación nacional. Sin reconciliación no hay justicia social ni democracia, que permita la distribución justa de la riqueza.

Sin democracia no hay estabilidad política; sin estabilidad no hay crecimiento sostenido de la economía y sin crecimiento no hay desarrollo, quedando la sociedad rehén del ciclo de la pobreza sostenida.

La mayoría de los Estados africanos que emerge de la globalización, en particular los Estados de África Subsahariana, se muestra incapaz de resolver los problemas internos de sus comunidades, como es el caso de los Estados de los Grandes Lagos. Sin embargo ¿podrían, eventualmente, resolver sus problemas en el ámbito de los procesos de integración?

¿Cual es la dimensión de la integración regional en África? ¿Será de hecho la integración regional la solución para los problemas africanos?

Karl Deutch, un teórico de la perspectiva de integración internacional, entiende “que el futuro pertenece a las comunidades pluralistas que concilian la preservación de la paz con el desarrollo del Estado nacional.”

A mi modo de ver, esta es una cuestión fundamental, relevante para el continente africano, que se debate con la problemática de la construcción del Estado-nación. De hecho, las fronteras coloniales han dividido naciones, que se reagrupan actualmente dentro de nuevos territorios, que eran en el pasado colonias. La base de esta geografía política, jurídica y territorial va poco a poco construyendo el nuevo Estado-nación en África.

## gure gaiak

Sin embargo, la construcción del Estado-nación sólo es posible en un ambiente de no-violencia, en un ambiente de conflicto cero. Y es el papel del Estado mantener este clima de no-violencia, como agente piloto de la integración nacional y regional.

El ejemplo europeo es digno de mención “porque es relevante el papel de las comunidades pluralistas, que concilian la preservación de la paz con el desarrollo del Estado nacional”. Analizando el proceso de integración europea sabemos que la “paz es posible a pesar de la pluralidad de los Estados”, por la vía de la simple renuncia a la violencia que ha pasado por varias etapas desde el Tratado de Roma.

Por esta razón es relevante la cuestión levantada por Adelino Torres, un profesor catedrático de nacionalidad portuguesa, que se preguntó “si los Estados africanos salidos de la colonización serán capaces de favorecer la integración regional.”

Partiendo de esta premisa, los liderazgos actuales y los intelectuales africanos deben replantearse la naturaleza de sus Estados, todavía incapaces de conciliar sus intereses y reconciliar sus comunidades con los valores y principios republicanos democráticos. Casi todos los Estados africanos siguen como entidades jurídicas partidistas, lo que hace difícil convertirlos en auténticos Estados de derecho democrático.

Vestidos con esta capa patrimonialista, la estructura de gestión de los Estados africanos se caracteriza “por un sistema monetario tributario del exterior, por una estructura económica dependiente, por la similitud de las economías,

**Sin paz social no hay reconciliación nacional. Sin reconciliación no hay justicia social ni democracia, que permita la distribución justa de la riqueza**

**No está lejos el día en que el África de las comunidades, el África de los grupos étnicos, el África de las tribus nacionales, el África de los pueblos y de las naciones, se convertirá en un verdadero espacio de integración continental, pasando de forma gradual por la integración regional**

por la no existencia de complementariedad de producción indispensables al funcionamiento de un mercado regional”.

A pesar de la existencia de varias organizaciones regionales en África, como la CEAC, la CDEAO y la SADC, por hablar solamente de éstas, siendo esta última la más aceptada, los líderes africanos tienen todavía un largo camino que recorrer para la conquista de la paz social y de la democracia, como

propósitos de una verdadera reconciliación entre los pueblos de África.

De hecho, la integración regional presupone que los agentes políticos de varias áreas nacionales transfieran sus lealtades, expectativas y actividades políticas a un centro nuevo y más unificador. Este proceso permitirá identificar mejor los varios estados de la integración regional, que conduce a la paz efectiva, a la reconciliación y al ejercicio pleno de la democracia.

Estamos convencidos de que no está lejos el día en que el África de las comunidades, el África de los grupos étnicos, el África de las tribus nacionales, el África de los pueblos y de las naciones, se convertirá en un verdadero espacio de integración continental, pasando de forma gradual por la integración regional.

Para ello, existe la necesidad de que los dirigentes africanos humildemente aprendan con la experiencia de otros pueblos y estudien las mejores vías para conciliar los intereses de sus comunidades nacionales, que habitan el Estado-nación en construcción, a la luz de los desafíos de la democratización que surgen con la creación de una sociedad supranacional, multiétnica, multicultural, plurilingüística y multirracial.

Por eso, entendemos que África necesita tiempo para materializar un verdadero proceso de integración, evitando simulaciones cosméticas de integración, en que sus líderes anuncian horizontes temporales irrealizables, como la constitución de los Estados Unidos de África. Hay que dar tiempo al tiempo.

Excepto la SADC - Comunidad de Desarrollo de África Austral - “ningún agrupamiento de integración regional en África hizo progresos significativos”.

Para tener éxito, este proceso de integración debe empezar con el cambio de mentalidad de las élites políticas partiendo del principio de que la integración regional no niega la soberanía de los Estados, la ciudadanía y el patriotismo. Antes, por el contrario, refuerzan este sentimiento que busca la unidad en la diversidad, que llevará la construcción del África de las comunidades rumbo al progreso, al crecimiento y al desarrollo.

### **El caso angoleño**

No se puede hablar de Angola sin hacer referencia a su importancia geoestratégica en el contexto de la geopolítica de los países de África Austral.

Durante varios años, Angola fue víctima de la guerra-fría que opuso la entonces Unión Soviética a los Estados Unidos de América.

Este conflicto este/oeste llevó el país a una guerra civil sin precedentes en el continente africano, destruyendo vidas humanas e infraestructuras, en la que el Movimiento Popular de Liberación de Angola – MPLA -, con el apoyo de Cuba y de la Unión Soviética, y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola – UNITA -, con la ayuda de los Estados Unidos de América y de África del Sur, lucharon entre sí durante décadas. En 2002, la UNITA y el gobierno de Angola pusieron fin a la guerra civil, con la firma del Memorando de Entendimiento del Luena, un anexo del Protocolo de Lusaka firmado entre la UNITA y el gobierno en 1994, en la República de Zambia, en su capital, Lusaka.

La guerra civil de Angola fue catastrófica, fratricida y brutal con su enorme número de víctimas, miles de muertos, mutilados y desaparecidos, millones de desplazados internos y de refugiados que ahora, con la llegada de la paz, regresan a sus lugares de origen para volver a empezar sus vidas, en un país repleto de minas, por suerte casi todas bien localizadas. El proceso de limpieza de minas tiene lugar sin incidentes con la ayuda de organizaciones internacionales, como "Hello Trust" y las Naciones Unidas.

Con el final de la guerra civil se abre para el país y para los angoleños nuevos retos a consecuencia de la democratización, la reconciliación, el crecimiento y el desarrollo del país, propósitos fundamentales para la consolidación de la paz. La paz y la justicia social siendo requisitos fundamentales para el desarrollo.

Habrà sin embargo que reafirmar que el callar de las armas es hoy una realidad en Angola, pero la paz social es todavía muy frágil. El país se enfrenta a muchos riesgos sociales y políticos. La guerra civil dejó cerca del 90% de la red de carreteras en condiciones precarias; los ferrocarriles funcionan mal, aunque cuenten con la ayuda de la cooperación china; los servicios de agua y de saneamiento básico en los centros urbanos y rurales son los peores de la región de la SADC, mientras la distribución de electricidad sigue limitada, caracterizada por cortes constantes en los centros urbanos y completamente inexistente en las zonas rurales.

Angola tiene uno de los peores indicadores mundiales de desarrollo humano, en una sociedad que intenta reintegrar miles de ex-militares de los cíclicos conflictos de Angola en la vida civil. Agravando este panorama social está la deficiente gobernación, provocada por la falta de voluntad política, por la falta de transparencia y por la corrupción institucionalizada, que ocurre en un ambiente de baja capacidad humana e institucional.

Angola es un país rico en recursos naturales, en particular energéticos, que espera producir

**gure** gaiak

cerca de dos millones de barriles de petróleo al día en 2009, que se transformó en una de las sociedades más desiguales del mundo, en que una minoría se enriquece de forma extrema, en detrimento de una mayoría que sigue cada vez más pobre. Los beneficios de las riquezas petrolífera y diamantífera son distribuidos solo entre una minoría. Angola corre el riesgo de transformarse en un país como Brasil, donde los ricos viven en condominios y los pobres en las favelas, conocidas en Angola, por "museques", que alimentan el florecimiento de los circuitos de la delincuencia juvenil, la prostitución, el narcotráfico y otros males sociales.

Angola produce petróleo y explota diamantes. Pero el impacto del crecimiento en Angola en este período de posguerra no se hace sentir en las poblaciones que se enfrentan año tras otro a las mismas carencias y dificultades, agravadas por las deficiencias del sistema de educación y de salud. El aumento de los precios internacionales del petróleo y la tasa de crecimiento económico más elevada del mundo en los últimos tiempos sólo benefician a una minoría.

Ante este panorama, no nos debe sorprender que Angola siga ocupando el último lugar en la escala mundial en materia de gobernación y de respeto de los derechos humanos. Tal y como concluyeron recientemente las Naciones Unidas, todavía se practica la tortura en Angola, al mismo tiempo que es corriente la práctica de detenciones arbitrarias. En vez de combatir la pobreza, se combate a los pobres, despreciados por los sistemas, víctimas de la intolerancia política, de las demoliciones arbitrarias de sus casas, en suma, víctimas de la exclusión social y de injusticias que violan los derechos más elementales de los seres humanos.

A pesar de este horizonte sombrío y de varias indefiniciones políticas debido a que el Presidente de la República de Angola se niegue a

**Los beneficios de las riquezas petrolífera y diamantífera son distribuidos solo entre una minoría**

dar una fecha exacta para la realización de las elecciones, hay motivos para alimentar esperanzas de cambios políticos significativos en 2008 y 2009, año en que se realizarán las tan deseadas elecciones legislativas y presidenciales. Los grandes imperios tuvieron sus puntos altos, pero acabaron por caerse. Todo es cuestión de tiempo.

Una vez terminado el registro electoral con más de ocho millones de ciudadanos inscritos, sean cuales sean los obstáculos, la realización de las próximas elecciones generales en Angola son un hecho que va a permitir dar inicio a un profundo proceso de reformas en el seno de las instituciones del país.

La alternancia del poder será una realidad que permitirá una mayor transparencia gubernativa y mejores condiciones para combatir la corrupción. La prestación de los gobiernos será entonces juzgada por los angoleños, para llegar a un Estado democrático de derecho.

Hoy en día, las grandes amenazas de nuestro país ya no son de naturaleza militar, sino de naturaleza social, como el hambre, la pobreza extrema, la criminalidad, las epidemias, la degradación social y las asimetrías regionales.

El desarrollo socioeconómico de Angola, su plena inserción en los mercados regional y global y

**Todavía se practica la tortura en Angola, al mismo tiempo que es corriente la práctica de detenciones arbitrarias**

su contribución activa a un mundo más justo y mejor para todos, aparecen como objetivos nacionales estratégicos, que exigen reformas políticas y económicas inteligentes para la *promoción* de inversiones en el desarrollo de los recursos humanos y la definición de políticas de cooperación más

actuales y transparentes, que vuelvan nuestro país productivo, más competitivo y atractivo para las inversiones externas.

Para UNITA, la ayuda de este país, es bien-venida, para unirse a los esfuerzos de democratización de la vida política de los angoleños y de reconstrucción nacional.

Queremos aquí apoyar la realización de la Cumbre Europa-África, como instrumento fundamental de cooperación, salvaguardando desde ahora que no se transforme en una plataforma de blanqueamiento y promoción de líderes africanos corruptos y antidemocráticos, que alimentan el sistema patrimonialista de sus Estados.

UNITA, y su Presidente, el Dr. Isaías Henriques Ngola Samakuva, democráticamente elegido en el 9º y el 10º Congreso del Partido, este último realizado en julio de 2007, se asumen como interlocutor creíble para la construcción de una nueva sociedad en Angola, libre del miedo, de la pobreza, de la intimidación, de la corrupción y de la intolerancia.